

---

*XVIII CONCURSO DE RELATO CORTO HUÉTOR VEGA 2019*

*ASOC. HUÉTOR VEGA GRÁFICO y CONCEJALÍA DE CULTURA*

---

**SEGUNDO PREMIO**

# **La Plaza de los Pasos Perdidos**

**Autor: Amador Aranda**

## LA PLAZA DE LOS PASOS PERDIDOS

Marquitos juega a la pelota. Hace dos minutos llamó a la puerta de su amigo Luís para que saliera a jugar con él, pero cree que la madre de este lo ha castigado de nuevo. A Marquitos nunca lo castigan, sobre todo porque su madre apenas para en casa, y su padre... vete a saber qué es de su padre. En el colegio, la verdad, es que no le va muy bien. No es tonto, como dice su tutora en las reuniones, pero se distrae mucho. De mayor quiere ser futbolista, como todos los niños, y ganar mucho dinero y tener el coche más chulo del mundo. Marquitos pasa la mayor parte del tiempo en la plaza, esquivando a los turistas y marcando territorio a golpes de balón. Piensa que él, que vive allí, tiene más derecho que los que vienen de visita o a pasear.

A Matilde le gusta sentarse en un banco de la plaza y comer un helado mientras disfruta de las vistas. Siempre va muy arreglada y con el pelo de peluquería. A veces también se lleva un libro y finge que lee, pero el ruido y las conversaciones ajenas la distraen de la lectura. En el fondo, cree, va a echar de menos esta ciudad. Matilde lloró mucho cuando era joven, al separarse de sus padres para empezar una nueva vida. En menos de dos años se jubila como funcionaria de Hacienda y está decidida a volver a su pueblo con su hermano Jaime, que está soltero como ella. Piensa en los hombres que rechazó y en el tiempo que ha pasado para tantas cosas: casarse, tener hijos, crear una familia. Pero aún así, pese a los errores que quizá no lo fueron, cree que su vida ha sido plena y feliz, y se ha sentido dueña de sus decisiones: desde la primera a la última.

José y Carlos se van a casar. En menos de una semana se vestirán elegantes e irán al juzgado para formalizar una relación de casi once años. Ahora descansan en un banco de la plaza. El convite de la boda será cerca, en un bonito jardín con vistas a la ciudad. No han invitado a mucha gente: amigos y familiares cercanos. José piensa en las dificultades que se han encontrado hasta llegar allí: el primer rechazo por parte de sus padres, el apoyo de sus amigos y el amor y dedicación de Carlos durante todos estos años, tan llenos de dudas, tan complicados, tan felices. Carlos, en cambio, apenas ha tenido problemas con su condición: su carácter abierto y su manera de decir las cosas le han ayudado

mucho para abrirse camino y para hacer ver al resto de la gente lo que era bueno para él. Se miran. En una hora tienen que ir a la pastelería para ultimar detalles. La vida sigue, siempre sigue. Se cogen de la mano y deciden que cinco minutos más de tranquilidad.

Obdulio trabaja en la ONCE. Al contrario que sus compañeros, no está ciego. Lo que sí está es sordo como una tapia. Aunque como él dice, mucho mejor, porque así, al no oírse bien, se obliga a elevar la voz y a que todo el mundo le escuche cuando canta los cupones. Porque a él le gusta ir por los bares y por las plazas, y cantar a viva voz los números y no quedarse en esos quioscos que les montan la ONCE y que se convierten en ataúdes, tan cerrados y tan fríos. Piensa que si algo de bueno tiene ese trabajo es el contacto con la gente. Y a él le gusta mucho la gente. Es lo que más le gusta. Bien es cierto que su mujer le riñe, porque a veces se toma un vino de más en la taberna y porque también, él lo sabe, el chismorreo y el cotilleo es lo que más le distrae en el mundo. Pero son cosas pequeñas, nimiedades que no hacen daño a nadie. Mira la plaza y piensa que hoy será un buen día para vender: hay mucha gente.

Lidia y Sergio acaban de ser padres. No hace ni dos semanas que Lidia y Albertito salieron del hospital y hoy es el primer día que deciden dar un paseo. No paran de mirarlo: ¿Se ha movido? ¿Crees que tiene frío? ¿Calor? ¿Le quitamos ropa? ¿Será bueno que le dé el sol? ¿Respira? Acerca la mano debajo de la nariz para comprobarlo. Se asustan con cada movimiento del niño y sin embargo, están felices y están cansados, sin apenas dormir después de dos semanas que se les han hecho eternas. ¿Por qué nadie les dijo que ser padres era tan complicado? Lidia se sienta y con cuidado coge al niño. Con delicadeza lleva su cabeza a su pecho y con rapidez el niño empieza a mamar. Sergio la mira, orgulloso, poniéndose delante de ella, todavía pudorosos por una cotidianidad que es nueva, pero que en unos meses dominarán por completo. Sergio, una vez ha comido el pequeño, se pone una gasa en el hombro y le golpea suavemente en la espalda para que eructe y no les vuelva a dar la noche con los gases.

Don Carlos es un “hijoputa”. Es un mal jefe, un mal marido y un mal padre. Y sí, el adjetivo cariñoso no solo se lo dicen sus empleados. Él mismo se dice que siendo “hijoputa” ha llegado a

donde está. “Siendo bueno no se va a ningún sitio”, dice sin pudor. Así que se enorgullece de serlo. Don Carlos camina con su mujer por la plaza. Se llama Luisa. Ella va muy arreglada y quizá, abrigada de más: con un abrigo de visón que don Carlos le regaló las navidades pasadas. Pasean bien agarrados del brazo, marcando el ritmo de él y haciendo un bloque indestructible, como si fueran unos cabezudos de feria y les costara andar, haciendo ver al resto de la gente que son un matrimonio como dios manda, como los de toda la vida. Él, que piensa presentarse a alcalde de la ciudad, va allanando el terreno social (tan complicado), saludando a la gente como si ya fuera el edil del municipio. A don Carlos le va bien la vida y eso tiene que saberlo todo el mundo, por muy “hijoputa” que sea.

Sahir vende bolsos de imitación y zapatillas de deporte. Hoy está contento. Después de malvivir durante dos años por fin ha tenido una entrevista de trabajo como químico, carrera que estudió en Marruecos. Su amiga Paula le ha dicho que el puesto es suyo y que empieza la semana que viene. Echará de menos la plaza, a sus compañeros, a la gente que es amable. No echará de menos a la policía y sus redadas, o vivir en una casa con tanta gente —a él que le gusta leer en silencio y escuchar música—. Hoy no le afectan las miradas de odio de algunas personas al pasar, ni los insultos que mucha gente le regala. Hoy es un día para esta feliz, para estar contento. La semana que viene empieza una nueva vida.

Steve viaja solo. Desde que cumplió los dieciocho y su padre le regaló su primer viaje por Europa en interrail, el placer de viajar no lo comparte con nadie. Los años comienzan a pesar y los cincuenta empiezan a venirle largos. Debería pensar en cuidarse, quitarse algún kilo, comer mejor. Si quiere seguir viajando como le gusta, va a tener que hacerlo. Le ha encantado la ciudad y como siempre que viene a España, le sigue sorprendiendo el orden desordenado con el que los españoles viven y el poco interés, comparado con los ingleses, que tienen por algunos temas. Desde que llegó le ronda en la cabeza el salmorejo que se va a comer, pero en todos los restaurantes le dicen que no lo hacen fuera de temporada. Pero, esta noche, ha quedado a cenar con su nuevo amigo Darío, al que conoció de copas dos noches antes, que le ha prometido comprar tomates y hacerle ese plato que ansía.

Un hombre sale de su casa. No diremos su nombre, ni hablaremos de él, ni informaremos de sus gustos y sus ambiciones: de eso ya se encargarán los periódicos y los noticiarios. Camina despacio. Se toca las manos. Está nervioso. Mira a un lado y a otro. El hombre que camina piensa que le siguen. Comprueba que todo esté bien. Sí, está bien. Puede continuar. Tiene miedo, pero sabe que el momento tenía que llegar. Nadie escucha sus pasos. Nadie lo mira. Nadie le presta atención. Invisible, como ha intentado ser durante los últimos meses. El hombre que ha sido invisible ve la plaza a lo lejos. Sabe dónde tiene que ir, y cuál es el mejor lugar de la misma. Busca a la gente. Llega al centro. Mira a un lado y a otro. Busca en su chaqueta y agarra un interruptor. El hombre invisible empieza a sudar. La plaza es ruidosa y no se encuentra bien. El hombre se hace visible para todos. Aprieta con su mano derecha el interruptor y su cuerpo explota por el chaleco bomba que lleva consigo. El ruido lo inunda todo. Después, llega el silencio. Sus historias ya están contadas, pero de nada sirve. La muerte manda.